

mejor descripción de esta campaña, el coronel Chambray, se muestra bastante imparcial para «consignar expresamente» que de los honores de esta sangrienta jornada del Beresina corresponde la parte del león á las tropas extranjeras, que componían más de las tres cuartas partes de las fuerzas que allí combatieron. De las dos divisiones de Víctor, la una era polaca y la otra alemana: alemana era también su caballería. Del tercer cuerpo, solo tenía Ney 300 franceses, entre ellos oficiales que se habían armado de fusiles: sus demás soldados eran polacos. De las cuatro divisiones de Oudinot, una estaba formada de polacos y otra de suizos y croatas: solo dos eran francesas (1).



El príncipe Kutusoff-Smolenski.

De un grabado de F. Bollinger (1777-1825), cuadro original de Rosentreter (pintado en Bukarest).

xos. Desde aquel momento, el emperador consideró perdido todo su ejército; en 29 de noviembre escribía desde Zanicki al duque de Bassano, que se encontraba en Wilna: «El ejército es numeroso, pero está indisciplinado y desmoralizado de una manera terrible. El frío y el hambre lo han puesto desconocido. Nos dirigimos á Wilna: ¿podéis apoyarnos una vez allí? ¡Viveres, viveres, viveres! De lo contrario no habrá horror que esa ciudad no haya de temer de estas disueltas tropas: quizás este ejército podrá reorganizarse detrás del Niemen. Tales como están las cosas, es muy posible que crea yo mi presencia en París necesaria para la Francia, para el imperio y para el mismo ejército (2).» Este era el principio del epítafio que despues, en 3 de diciembre, escribió en Molodetschno á su ejército como boletín vigésimo noveno (3). En él hablaba de los efectos del frío, que había co-

(1) Chambray, tomo III, pág. 72.

(2) *Corresp.*, XXIV, pág. 322.

(3) *Corresp.*, XXIV, págs. 325-329.

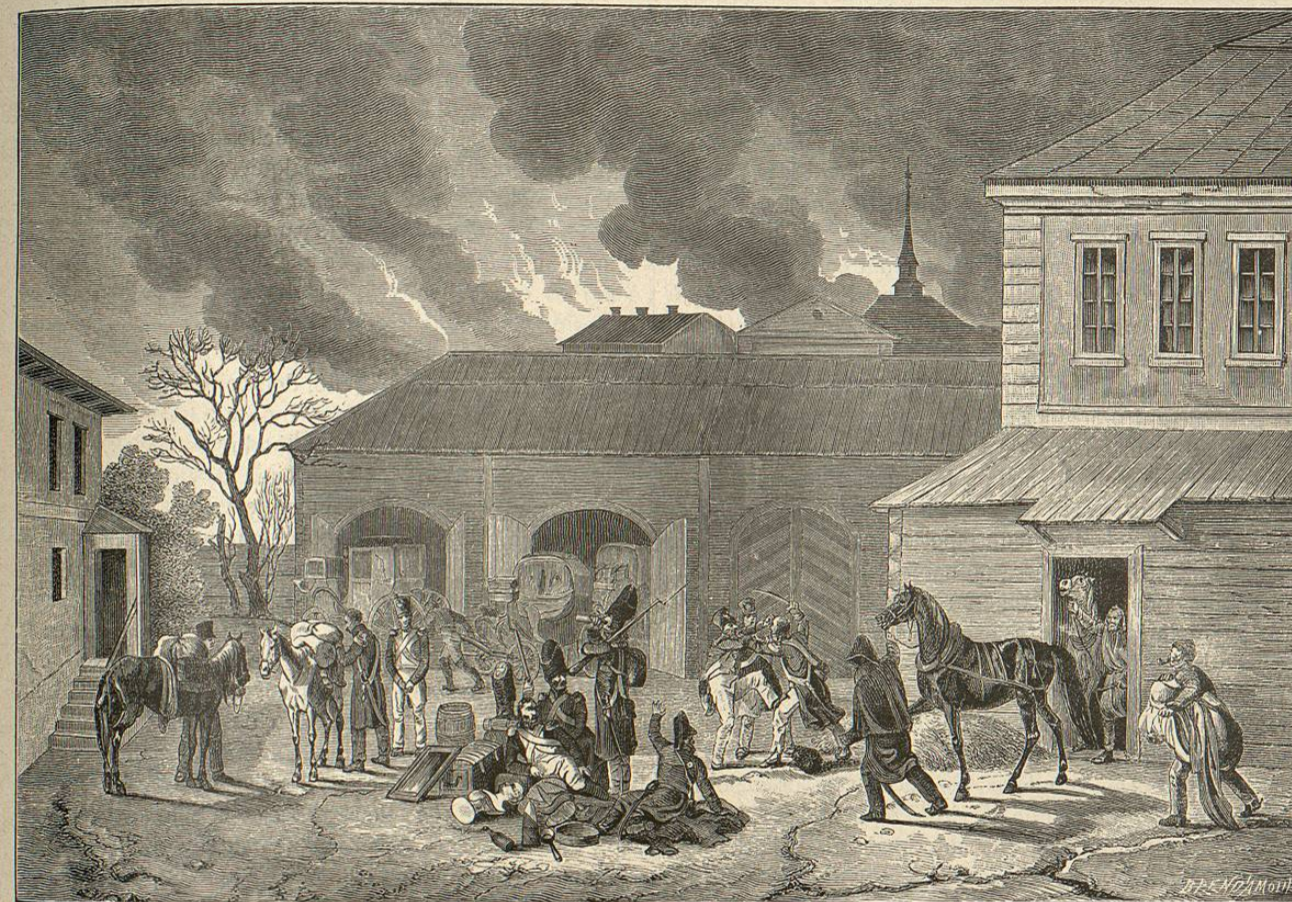
En la tarde del 28 Víctor volvió á pasar el puente, y cuando en la mañana del 29 el general Eblé, cumpliendo las órdenes que le habían sido comunicadas, se preparaba á incendiar los dos puentes, ocurrió en la orilla izquierda una escena conmovedora: hombres, mujeres y niños prorrumpieron en gritos de desesperación, tratando algunos de pasar por entre las llamas y aventurándose otros por la capa de hielo que entre los dos puentes se había formado y que se rompió, sepultando en el río á muchos infelices. También los hubo que procuraron ganar á nado, entre los dos puentes, la opuesta orilla. A las nueve se presentaron los cosacos, que hicieron prisioneras á unas 4,000 personas de todas edades y se-

menzado en 7 de noviembre y descendido hasta 16 y 18 grados: «Los caminos se cubrían de nieve; los caballos de la caballería, de la artillería y de los bagajes morían cada noche, no á centenares, sino á millares, siendo los que en mayor número sucumbían los de Francia y Alemania. En pocos días murieron 30,000 caballos; toda nuestra caballería vióse de repente desmontada; nuestros cañones y nuestros bagajes se encontraron sin atalajes, lo cual nos obligó á dejar abandonada ó á destruir una gran parte de nuestras piezas y de nuestras provisiones de boca y guerra. Este ejército, tan espléndido aun el día 6, se transformó por completo desde el día 14, encontrándose casi sin caballería, sin artillería y sin bagajes. Sin caballería no podíamos saber lo que pasaba á un cuarto de hora de distancia; sin artillería era imposible intentar una batalla y esperar á pié firme al enemigo. Nos vimos, pues, precisados á marchar para evitar que se nos obligara á librar un combate, que la falta de municiones nos impedía desear, y á ocupar un espacio determinado á fin

de no vernos envueltos, y esto sin caballería que vigilara y mantuviera las comunicaciones entre las columnas. Esta dificultad, unida á un frío horroroso que se declaró de repente, hacía en extremo triste nuestra situación. Los hombres no templados por la naturaleza en grado suficiente para resistir todos estos cambios que el destino nos deparaba, parecían anonadados, perdían su serenidad y su buen humor y no soñaban más que en desgracias y en catástrofes; aquellos á quienes la naturaleza había dado fuerzas para resistirlo todo, conservaban su presencia de espíritu y su porte habitual y consideraban que sería para ellos una nueva gloria el vencer tantas y tan distintas dificultades.» Al final del documento se decía: «La salud de S. M. nunca ha sido mejor.»

Antes de que este boletín se publicara en el *Monitor* de 17 de diciembre de 1812, Napoleón había abandonado á su ejército y se dirigía en precipitada fuga á Francia por Wilna, Varsovia y Dresde. En la noche del 18 de diciembre presentóse nuevamente en las Tullerías, y en la mañana del 19 recibió á sus ministros; de suerte que, antes de que el mundo pudiera darse cuenta de la indescriptible impresión que en él produjo la noticia de la ruina del gran ejército, supo que el verdadero causante de tan inmenso desastre había regresado y empuñado nuevamente el timón del Estado, es decir, había vuelto al laboratorio donde se preparaba para otra guerra.

Como el poder de Napoleón sobre Francia y sus países vasallos se conservaba intacto; como era la misma de antes



Una escena del saqueo de Moscu (20 de setiembre de 1812). - Dibujo del natural por A. Adam

su maestría en organizar cada día nuevos ejércitos y como, además, no había fuerza en la tierra capaz de impedirle hacer como antes uso de aquel poder y de esta maestría, no parecía, á fines de 1812, cambiada ni á punto de cambiar la faz del mundo, porque los rusos estaban todavía lejos y el sentimiento popular, que en ellos tenía puestas sus esperanzas, se mantenía aun en lo más hondo del corazón y no se atrevía á salir á la superficie. En los últimos días del año que estaba á salir á la superficie. En los últimos días del año que estaba para terminar ocurrió un suceso que, al hacerse público en los primeros del año nuevo, fué desde luego considerado como presagio de una conflagración universal: nos referimos al convenio que en 30 de diciembre firmó en Taurroggen con los rusos el general York.

La posición en que este general se encontraba en 1812 era una posición confidencial, y tan excepcional como la situación que en conjunto había sido preparada á Prusia con su última alianza con Napoleón. Fanático prusiano por sus inclinaciones y acérrimo enemigo de los franceses, era al propio tiempo adversario irreconciliable de Stein y de Gneise-

nau, que, á su modo de ver, causaban gran daño al Estado y al ejército con su impaciencia y su espíritu innovador. Con motivo de la dimisión de Stein escribía en 26 de noviembre de 1818: «Ha sido ya aplastada una cabeza loca; el otro reptil viperino morirá de su propio veneno (1).» Apasionado patriota, guerrero incondicionalmente fiel al monarca y á pesar de esto solo conocido por los franceses como adversario declarado de «la secta», que así se denominaba en la corte y en el ejército al partido de la guerra (2), recomendábase su persona para ocupar un puesto elevado en la terrible complicación de 1814, que tan bien describía Blücher diciendo: «Cada día se nos puede hacer crujir juntos (3).» En mayo de 1811, confióle el rey un mando militar en la Prusia occi-

(1) Droysen: *Vida del feld-mariscal conde York de Wartenburg*, tomo I (primera edición de 1851), pág. 216.

(2) Véase, por ejemplo, en Stern: *Documentos*, págs. 374-384, la memoria del príncipe Hatzfeld, de 6 de enero de 1812.

(3) Carta á York, de 14 de mayo de 1811, en Droysen, tomo I, página 253.

dental y le dió tan amplios poderes, que materialmente le causaba vértigos la idea de la gran responsabilidad que con ello se le imponía. De aquí que conjurara al general Scharnhorst, por los sagrados lazos que á ambos les unían al bien del rey y de su patria, que meditara bien si el rey tenía formada de él una idea «demasiado buena» cuando «nunca había ejercido ni en participacion un mando en jefe.» «Conduciré mi brigada al punto donde vos esteis: quizás sabré vencer debidamente los obstáculos y tomar con energía y perseverancia mi resolución para resistirlos y luego sostenerme ó morir como buen soldado: así espero hacerlo con la ayuda de Dios y de ello puedo responder. Pero la misión que me ha sido confiada exige mas, mucho mas. Nuestro infeliz Estado no se halla en situacion de tolerar ni una sola falta de un general comandante: la mas insignificante puede hundirle en el abismo. Estas provincias son las que han recibido el primer golpe y en ellas es mas que en ninguna otra necesario proceder con gran talento, prevision y energía. ¿Podré obrar yo de esta suerte? ¿No llenaría quizás mejor todas estas exigencias un hombre conocedor de la gran guerra, un general experto? Si viene cualquiera como general en jefe, aunque sea hoy un simple mayor, doy mi palabra de honor de que sabré á sus órdenes cumplir con mi deber: no atiendo á ninguna personalidad, solo atiendo á mi rey y á mi patria, solo por ellos late mi corazón. No es este el momento de fingir, y por eso franca y libremente os confieso que creo tener mas condiciones para comprender y ejecutar que para crear ó producir (1).» El general Scharnhorst contestó en 23 de mayo que de todos los generales prusianos York era el único en quien el rey tenía «absoluta confianza», que era muy á propósito para desempeñar el cargo de general en una provincia en circunstancias extraordinarias y que por estas razones el monarca no había dado á nadie los plenos poderes que á él le confería: «Teneis fama de militar dotado de una decision excepcional en los momentos precisos y de hombre apto é inteligente, conocedor de los hombres y del mundo, y además vuestras opiniones sobre la manera como ha de hacerse la guerra son excelentes (2).»

Quedó, pues, York en posesion de plenos poderes, cuyos detalles no conocemos todavía, pero acerca de los cuales escribía él posteriormente que en virtud de ellos se le confería para casos extraordinarios una autoridad igual á la del rey, pues le facultaban para decidir de la paz y de la guerra (3). Además de estos poderes confiósele en noviembre el gobierno de la Prusia oriental y de la Lituania, lo cual se hizo, según el rey escribía, para «conferirle el mando de toda la Prusia de una manera que no produjera sensacion (4).» Así lo exigía la situacion, que el rey había descrito en 31 de octubre con las siguientes palabras: «Las dificultades y las consecuencias de la eleccion que se nos presenta son terribles: estamos como atacados de ardiente fiebre y el abismo nos rodea por todos lados (5).» La confusion creciente que reinaba en la desesperada situacion de Prusia aparecía manifiesta en las contradicciones que se notaban en las órdenes enviadas al general York, el cual tuvo que suplicar encarecidamente que se le ilustrara acerca de la verdadera voluntad del rey. En contestacion, éste escribió á Kockeritz en 12 de febrero de 1812: «Hace unos diez ó doce dias que el general

(1) York á Scharnhorst, 13 de mayo de 1811.

(2) Droysen, tomo I, pág. 262.

(3) Droysen, tomo I, pág. 292.

(4) Droysen, tomo I, pág. 307. Véase tambien el 15 del proyecto de convenio, publicado ya, que Scharnhorst había firmado en San Petersburgo en 17 de octubre de 1811. Martens: *Recueil*, tomo VII (San Petersburgo, 1885), págs. 126-128.

(5) Duncker, pág. 402. Véase mas arriba

York ha de haber recibido una memoria relativa á nuestra situacion política y acompañada de las instrucciones necesarias. Los sentimientos que animan al general son para mí garantía de que obrará conforme á estas instrucciones. Hay que estar prevenidos para todo, pues no somos dueños de las circunstancias. La situacion política general es desfavorable y no siempre se puede hacer lo que se quiere, lo cual da lugar á algunas contradicciones (6).»

De la decision nacida en 4 de marzo como consecuencia de la aprobacion del tratado de Paris de 24 de febrero, fué enterado York por una carta del rey, fechada en 12 de marzo, en que le decía que por deseo del emperador Napoleon había sido nombrado general en jefe del cuerpo auxiliar prusiano el teniente general Grawert, pero que, por deseo del rey, York conservaría á las órdenes de aquel el cargo de general segundo jefe. York no vaciló un momento en obedecer este mandato, deponiendo los plenos poderes de que antes hemos hecho mérito, y «no se negó á ello, — según escribió al rey, — porque una negativa en aquellos momentos seria mas criminal que en otra ocasion cualquiera (7).»

Por aquel tiempo, Scharnhorst y Gneisenau se veían precisados á abandonar el servicio para no dejar solo al monarca, y su ejemplo fué seguido por una porcion de oficiales, tales como los condes Federico y Helvecio Dohna, los mayores Carlos de Clausewitz y Alejandro de Goltz (8). En aquellos momentos en que el cambio de sistema político ocurrido en Prusia repercutía en el ejército, dotado todavía de gran sensibilidad, aunque no de tanta como antiguamente se creía cuando se hablaba de haberse retirado 300 oficiales, el general York con su cuerpo era la última columna del antiguo prusianismo, condicion que nunca se vió en él desmentida.

El décimo cuerpo de ejército se componía de dos divisiones, formada la una, á las órdenes de Grandjean, por polacos, bávaros y westfalianos, y la otra por prusianos. A esta última se debieron todos los servicios militares que en la campaña hubieron de prestarse, habiendo peleado con gran denuedo los prusianos contra los rusos en Eckau, Dahlenkirchen y Bauske. El resultado de estos combates fué obligar á los rusos á evacuar la Curlandia y retirarse al otro lado del Duna: en todas estas batallas demostró el general York — que desde el 13 de agosto ejercía solo el mando en jefe — toda la energía, toda la inquebrantable tranquilidad de espíritu y el desprecio de la muerte, que le habían valido entre sus tropas el dictado de «el anciano maestro lobo.» No menos duramente sintieron los franceses la rudeza de un carácter que era calificado de «acerado como hierro cortado», que intencionadamente daba á comprender cuán contra sus sentimientos y su voluntad se encontraba subordinado á los franceses y que daba rienda suelta á su bilis cuando tenía que quejarse de lo poco consideradas y de lo mal atendidas que estaban sus valientes tropas. El mariscal Macdonald, duque de Tarento, era reconocido como hombre amable y cumplido caballero y de él no habían tenido hasta entonces que quejarse los prusianos, pero la conducta antifrancesa de York le parecía tan clara que en 27 de noviembre le escribió una carta llena de groseros insultos (9), con lo cual el francés, cuya cortesía era harto conocida, se proponía indudablemente obligar á York á retirarse en seguida. Dados los peligros cada vez mayores que amenazaban al gran ejército, en ningunas manos mejores que las de York podía estar para

(6) Droysen, tomo I, pág. 317.

(7) Droysen, tomo I, pág. 330.

(8) Lehmann: *Knessebeck y Schon*, pág. 50.

(9) Droysen, tomo I, págs. 401-403. La fecha está equivocada, pues dice 27 de octubre, cuando no cabe duda de que había de decir 27 de noviembre.

los franceses el mando de aquella parte de las tropas. «La bomba ha estallado con el general York,» escribía Macdonald en 10 de diciembre al duque de Bassano, que se hallaba en Wilna. Y en efecto, había estallado, pero con éxito muy distinto del que Macdonald creía, pues antes del rompimiento con los franceses habíase firmado una alianza secreta con los rusos.

El día 10 de noviembre había entrado en Riga como gobernador, en sustitucion del general Essen, el general marqués de Paulucci, italiano astuto que creyó que uno de sus primeros deberes consistía en inducir al general York á que se rebelara, á cuyo objeto envió á Mitau, en 14 de noviembre, una carta hábilmente redactada (1). York contestó, en 20 de noviembre, que no conocía mas interés que el de su rey y el de su patria y que él, hombre de madura experiencia, no comprometería este sagrado interés con «un acto precipitado de su sola iniciativa.» El español La Romana, á quien Paulucci se había dirigido, sabía perfectamente lo que podía esperar del aliado con quien se unía. La indirecta era harto clara y Paulucci supo desde entonces á qué atenerse: York no era hombre que se dejara fácilmente inducir á una violacion del juramento prestado á su bandera y á libertarse de las cadenas francesas para cargar con las rusas. Paulucci dió cuenta de todo al emperador Alejandro, el cual le autorizó, en 6 (18) de diciembre, para que en el caso de que York preguntara qué ventajas sacaría su rey de una alianza con Rusia, le contestara que estaba dispuesto el czar á firmar con el rey un tratado por el cual se obligaría á no deponer las armas hasta haber procurado á Prusia un aumento de territorio suficiente para que pudiera recuperar entre las potencias el lugar que había ocupado antes de la guerra de 1806. «Os autorizo para hacer verbalmente ó por escrito, como mas conveniente creais, esta declaracion al general York, aunque sin ampliar mas la promesa,» (*de ne pas y donner de plus grande latitude*) (2). El emperador Alejandro procuraba intencionadamente no emplear la palabra «devolucion» refiriéndose á los países que Prusia había perdido y se guardaba expresamente de garantizar demasiado su restauracion. Paulucci, en tanto que seguía con York la correspondencia mas cortés, creyó oportuno apoderarse, en 27 de diciembre, de Memel, desde donde escribió despues al emperador diciéndole que lo había preparado todo de manera que imperceptiblemente pudiese aquella ciudad ser anexionada á Rusia «sin por ello espantar á la corte de Prusia, que no podía ver en esta ocupacion mas que una medida puramente militar (3).» El general York, guiado por un excelente instinto, á pesar de sus vivísimos deseos de separarse de los franceses y de dar un gran paso en favor de su desdichada patria, se negó á firmar un tratado político, primero porque su cargo no le autorizaba para ello, y en segundo lugar, porque no quería cerrar pacto alguno con el italiano.

York, entretanto, no había tardado un solo instante en enterar al rey de su situacion y en pedir noticias exactas acerca de la suerte que había cabido al gran ejército. El día 30 de noviembre, su ayudante, el capitán Schack, había partido para Berlín para dar detallada cuenta del rompimiento con Macdonald, y el día 3 de diciembre marchaba á Wilna, por orden suya, el teniente Canitz con el encargo de adquirir datos ciertos sobre el gran ejército (4). El día 5 de diciembre envió tambien á Berlín al mayor Seydlitz, el cual en su *Diario*, hablando de la mision que le había sido enco-

(1) Droysen, tomo I, pág. 412. Véase J. Eckardt: *York y Paulucci*, Leipzig, 1865, pág. 61.

(2) Droysen, tomo I, pág. 550. Eckardt, pág. 98.

(3) Eckardt, pág. 127.

(4) Droysen, tomo I, pág. 409.

mendada, dice: «York, firmemente convencido de que Napoleon, el día en que firmara la paz con Rusia (lo cual podía suceder de un momento á otro) sacrificaría en primer lugar y sin aprension ninguna á Prusia, envió á Berlín al mayor Seydlitz con el encargo de suplicar á S. M. que le manifestara sus resoluciones (5).» El día 8 de diciembre regresó Canitz de Wilna, refiriendo al general todo cuanto allí había visto, que por lo horrible superaba á cuanto decirse pudiera. «Los *revenants* no cesan de entrar en la ciudad, en la que penetran á pié y á caballo, en fila casi no interrumpida, figuras humanas que apenas podría forjar en confuso sueño la mas extravagante fantasia: muchos yacen abandonados en las calles, y por encima de sus cuerpos pasan los demás con sin igual indiferencia. Ver morir gente en esta entrada triunfal de la muerte apenas causa tanta impresion como la que suele producir la vista de un borracho en los mercados anuales de Polonia. Desde Moscou acá, todos han llegado á familiarizarse con estas escenas, pero el que como yo se encuentra de repente en presencia de este terrible espectáculo, no puede menos de sentir un estremecimiento de terror al considerar la inmensa catástrofe. Y por mas que Europa, y Prusia sobre todo, vean con júbilo la ruina de este ejército, ruina que es para ellas la aurora de mejores tiempos, la naturaleza humana tiembla al contemplar cómo de esta suerte sucumben aun sus mas odiados enemigos. La caravana de fugitivos continuaba desfilando sin cesar: de cada ciento, apenas uno llevaba fusil: entre los soldados de á pié no recuerdo casi haber visto uno armado; solo entre los que iban en trineos se veía un fusil de cuando en cuando. El espectáculo no se parecía al regreso de un ejército, ni á la fuga de unas tropas derrotadas: era aquella una horda de hombres mas ó menos desvalidos, entre los cuales no existía lazo alguno de union que los agrupara formando un todo homogéneo (6).» *C'est fini, il n'y a plus d'armée, la fatigue et la misere nous a abimés* (todo ha concluido, ya no hay ejército: la fatiga y la miseria nos han anonadado), decían los oficiales todos á una. Nada se sabía en Berlín de todo esto; únicamente se tenía noticia del rompimiento ocurrido entre York y Macdonald y ya se había resuelto apoyar y defender al primero, cuando el día 13 de diciembre llegó Seydlitz, y al día siguiente se supo que Napoleon, seguido de una pequeña escolta, había pasado en la tarde del 12 por Glogau en direccion á Dresde. Lo que en el primer momento se reputó increíble fué el día 16 confirmado por una carta que el 14 había escrito desde Dresde el mismo Napoleon al rey, participándole que, despues del combate del Beresina, había abandonado el ejército para dirigirse á toda prisa á Paris y añadiéndole que esperaba de la lealtad del monarca que aumentaría hasta 30,000 hombres el contingente del ejército auxiliar prusiano. Hasta entonces fueron retenidos en Berlín Seydlitz y el capitán de caballería, conde Brandenburgo. York había enviado á este capitán en 5 de noviembre á la capital y allí recibió entonces el encargo de llevar á York una orden de gabinete en la que se le daba la razon contra Macdonald y no se le decía, respecto de la situacion general y de las relaciones con los rusos, sino lo que podía desprenderse de las siguientes palabras: «Mi interés y el del emperador de Francia, que están íntimamente enlazados (7).» El mayor Seydlitz, que fué despachado en 21 de diciembre, no recibió ninguna instruccion concreta, pues no podían considerarse como tal las frases de: «York no ha de excederse,» «Napoleon es un gran genio y sabe siempre encontrar recursos.» A la ar-

(5) Droysen, tomo I, pág. 423.

(6) Droysen, tomo I, apéndice 9, págs. 516-547.

(7) Droysen, tomo I, pág. 412.